

IV

La pequeña iglesia parroquial estaba llena de frescor y de sombra, á pesar del rutilante sol canicular que caldeaba la plaza y la calle de los Colonos, en la cual los aleros de los tejados proyectaban una franja de sombra azulada ante las fachadas de las casas. La humedad había impreso manchas verde-oscuras en los encalados muros del templo; los baldosines mal unidos del pavimento, recién regados por la mujer del sacristán, exhalaban olor á tierra húmeda. En el rincón más obscuro, frente al altar alzábase la triple

ojiva del confesonario del P. Cartier, Rector de la parroquia. Alrededor, cuatro ó cinco devotas, unas en sus sillas y otras arrodilladas en la gradería del altar, oraban inclinando la cabeza. Desde el sitio que ocupaban, se podía ver : una jovencita que estaba limpiando los jarrones de flores artificiales ; los cuadros del Vía crucis, pendientes de las pilastras ; las hileras de bancos de roble ennegrecido, y, en el fondo, junto á la pila del agua bendita, el pórtico abierto abovedado, en el cual sobre el manchón de sol, trazaban dos barras de sombra las dos cuerdas que descendían verticalmente del campanario. Silencio piadoso reinaba en la nave, interrumpido solamente por ruido de sillas movidas con precaución ó por la tos discreta de alguna de las devotas que rezaban en la capilla.

Una mujer salió del confesonario, con el ademán contrito y satisfecho de la persona que acaba de limpiar su conciencia, y fué á prosternarse ante el altar. La señora de Lebretón dejó el devocionario, sobre el reclinatorio se levantó, aproximóse al tribunal de la penitencia, se arrodilló, cruzó las manos y bajó la cabeza levemente, para no tener que encontrarse cara á cara con el confesor. Momentos después, la puertecilla giró

tras la reja, y Adriana distinguió, entre la sombra, los ojos escrutadores del Párroco y un trozo de la blanca sobrepelliz.

Se santiguó, murmurando : — Bendígame, padre, porque he pecado.

El Rector que, á primera vista, conoció á la penitente, se acomodó en el asiento, exhaló un suspiro, sacó las manos de las amplias mangas de la sobrepelliz, y permaneció en actitud de recogimiento mientras que la viuda susurraba muy quedo : — « Yo pecadora, me confieso á Dios, topoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado san Miguel Arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, á los santos Apóstoles y á vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra... » Luego, con voz contenida, pero clara, comenzó la enumeración de sus faltas : negligencias, murmuraciones, distracciones durante la misa, arranques de cólera, actos de coquetería, lecturas profanas, pensamientos ligeros... todas las menudencias detalladas de los pecados ordinarios que una mujer bien educada puede cometer. Al fin, se detuvo.

— ¿Nada más? — preguntó el sacerdote, con acento áspero.

— Creo que nada más, Padre... Yo me acuso de todos estos pecados, y de los que haya podido olvidar, y pido perdón á Dios, y á vos, Padre, penitencia y absolución, si me juzgáis digna de ella...

El sacerdote se agitó en el asiento y exclamó con displicencia, fijando en la pecadora los hundidos ojuelos, que le relumbraban como las pupilas de un gato en el fondo de una cueva :

— ¿Está completamente segura de haberme revelado todas las enfermedades de su alma ? ¿No ha omitido á sabiendas faltas que se le han antojado veniales, pero que, á los ojos de Dios, son mortalmente graves?... Acaba de acusarse de pensamientos y de deseos imprudentes... ¿En qué ocasiones y de qué manera los sintió?...

Adriana, balbuciente, se ruborizó y bajó la cabeza.

— Tenga en cuenta — insistió con severidad el párroco — que ha de evitar que una falsa vergüenza le impida confesar todos los pecados que haya cometido. No olvide que está en el tribunal de la penitencia, y que debe poner de manifiesto todas las llagas del alma, con las causas que las han producido, y con las circunstancias agravantes que existan, sin disimular ni atenuar

nada... Si se siente cohibida por un respeto humano culpable, conteste á las preguntas que le dirigiré.

La señora de Lebretón permaneció con la cabeza baja, aguardando inquieta el terrible interrogatorio. El presbítero suspiró profundamente, luego, murmuró con acento reprimido :

— Desde hace tiempo viene recibiendo á una persona cuyo trato está lleno de peligros...

La penitente alzó con viveza la vista y miró al confesor con aire desconcertado.

Éste continuó :

— ¿Sabe á quién me refiero?

Adriana se estremeció y contestó con voz tímida :

— Padre, yo recibo á ese hombre, como antes recibía á su predecesor.

— No es lo mismo... El predecesor era persona de edad, y de creencias fervorosas, y el sucesor es joven, demasiado joven para que sus asiduidades no constituyan un peligro.

— Un peligro... ¿para quién? — preguntó la pecadora con cierto ademán de protesta.

— Ante todo para la niña, que es hija por adopción, y que vendrá á pasar las vacaciones ; y, en seguida, para usted.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE HISTORIA
MEXICO, D.F.
1955

— ¡ Para mí!... Padre, la persona de que hablamos, nunca, respecto á mí, ha prescindido de la consideración y del respeto propios de un hombre bien educado... Además, yo no hubiera permitido...

— Repito — interrumpió el confesor, con enojo — que esas visitas son un peligro para el alma de usted... La carne es débil, y usted aún no se encuentra en edad que la coloque al amparo de deseos culpables.

— ¡ Padre mío!

— ¿ Se atreverá á negarme que las miradas de ese joven la buscan y la contemplan constantemente con expresión de abominable concupiscencia?... Yo, sacerdote, lo he notado y me he escandalizado; y á otros les ha ocurrido lo mismo.

La penitente continuaba muda y como abrumada de confusión.

— Ahora bien — prosiguió el presbítero — toda vez que hay escándalo, á usted le toca ponerle término. « ¡ Maldito aquél que ocasiona el escándalo! » dice la Sagrada Escritura. Usted se considera hoy al abrigo de las tentaciones del espíritu maligno; ¡ vanidad y orgullo! el abismo atrae al abismo, y yo afirmo que ese hombre ama á usted con amor ilícito...

Respiró ruidosamente; luego añadió con acento autoritario:

— Hay que dejar de verlo, hay que huir de él, para salvar el alma, para conservar la reputación, para no dar mal ejemplo al mundo... Esa es la penitencia que impongo... Reflexione acerca de lo que le digo, y vuelva, de hoy en ocho días, á este santo tribunal... En este momento no puedo absolverla... Recae el « Acto de contrición ».

Y mientras que, visiblemente turbada, la pecadora, dándose golpes de pecho, murmuraba: « Me pesa, de todo corazón, haberos ofendido, y me propongo la enmienda de mi vida y nunca más pecar... » susurró el sacerdote la fórmula de la bendición, y luego, fijando una mirada penetrante en su feligresa, exclamó:

— ¡ Vaya en paz!

Crujió sobre los goznes la ventanilla del confesonario y se cerró bruscamente.

La señora de Lebreton se levantó, con las mejillas encendidas. Tan conmovida y tan trastornada se hallaba por las palabras del Párroco, que se olvidó de rezar, según tenía por costumbre, ante el altar de la Virgen, y atravesando rápidamente la nave, se encontró en la plaza, sintiendo

el deslumbramiento ocasionado por la transición de la obscuridad á la plena luz. Abrió la sombrilla, no sólo para acostumar los ojos á la cegadora llamarada del sol de Julio, sino para ocultar lo descompuesto del semblante á la curiosidad de la Administradora de Correos y de su hermana, que se pasaban la vida espiondo tras los visillos... Lentamente se encaminó hacia la Mancienne. Al salir de la humedad glacial del templo, halló grato el calor de aquella tarde estival. El sol, declinando, lanzaba flechas de fuego á través de las verdes copas de los tilos del paseo, y bruñía de oro la superficie del susurrante riachuelo. Adriana entornaba los párpados, y, en el cerebro trastornado, sólo encontraba un pensamiento, fijo con tenacidad obsesionante. Mentalmente se repetía estas palabras del Párroco : « ¡ Yo afirmo que ese hombre la ama á usted! »

Empujó distraídamente la puertecilla del cancel de la Mancienne, atravesó el patio, cabizbaja y con el entrecejo fruncido, y ya iba á subir á sus habitaciones, cuando, en medio del vestíbulo, su doncella le dijo, á media voz, con discreción afectada :

— Dispénseme la señora ; el señor Pommeret está en el gabinete.

La viuda se estremeció, como una persona que despierta sobresaltada.

— ¿ Por qué — murmuró lacónicamente — no se le dijo que yo había salido ?

— Como la señora anunció que volvería á las cinco, creí acertar rogando al señor Pommeret que aguardase...

— ¡ Está bien !... Llévese esto.

Despojóse vivamente de la manteleta y del sombrero, soltó el devocionario, y, con el corazón palpitante y el cabello alborotado, entró en la habitación donde estaba esperando el guarda-general.

El gabinete — amueblado con estanterías de libros, jugueteras, mesitas de labor y butacas bajas y cómodas — era el retiro predilecto de la dueña de la casa. Allí trabajaba y recibía á las visitas de confianza. Para evitar la molestia del sol, estaban cerradas las persianas y echadas las cortinas, de suerte que reinaba semiobscuridad en aquella estancia alta de techo y adornada por una jardinera llena de fusias que alegraban con sus flotantes y verdes tallos y con sus rojas campánulas florecientes.

El guarda-general, de espaldas á la puerta y de pie junto al diván, hojeaba un periódico ilustrado.